

EL CORREO DE LEVANTE

DIARIO DE LA TARDE

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

Plaza de Cetina (antiguo local del Gobierno Civil)

ANUNCIOS A PRECIOS ECONÓMICOS

MURCIA 5 DE MARZO DE 1903

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Murcia, un mes. pesetas 1

Fuera, trimestre. 3

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

Núm. 878

Año V

AL PÚBLICO

El número de ayer de EL CORREO DE LEVANTE sufrió un considerable retraso en la hora de su salida a consecuencia de que recibimos demasiado tarde la «Protesta de las Sociedades labradoras», cuya inserción en la edición de anoche de nuestro diario se nos demandaba encarecidamente.

La trascendental importancia de dicho trabajo y la respetabilidad de las firmas que lo autorizaban, son motivo suficiente para que nos impusiéramos el sacrificio de retardar la hora de salida de nuestro periódico; falta que esperamos será dispensada por los suscriptores y lectores, atendiendo a la justicia de la causa que nos la impuso.

Este periódico, como habrá apreciado el público, ha ampliado notablemente su información telegráfica hasta el punto de que hoy puede competir con la mejor de los colegas locales.

El redactor corresponsal en Madrid de EL CORREO DE LEVANTE, el distinguido periodista D. Eduardo Bermúdez, tiene órdenes nuestras de informarnos ampliamente por telégrafo de cuanto pueda llamar la atención de nuestros lectores.

Para estas considerables mejoras que hemos establecido en nuestra modesta publicación, no reparamos en sacrificios de ningún género: nuestro deseo es que EL CORREO DE LEVANTE corresponda cumplidamente al favor que el público murciano le viene dispensando.

Las elecciones

Con motivo de las próximas elecciones a diputados a Cortes, la política ha tomado una animación extraordinaria.

Desde las altas esferas del Estado a las humildes del último villorrio, en todas partes se han puesto en movimiento, sobre las armas, los distintos elementos políticos, preparados a reñir la batalla por las ideas ó en favor de las personas.

Esta lucha trae siempre sus disgustos y sus desengaños. No hay sitio donde no estallen rivalidades. La ambición se enseorea, se apodera de muchos individuos, que en los altares del engrandecimiento y la soberbia desmedidos sacrifican todo, hasta los sentimientos que más dignifican al hombre: el cariño, la gratitud.

En el seno del gabinete silvelista, las elecciones han producido la discordia, de manera tan grave, que pueden dar al traste con el Gobierno.

Villaverde y otros ministros ven con recelos el trabajo electoral del señor Maura, á quien se suponen propósitos interesados en las próximas elecciones. Y tanto ha subido de punto esta desconfianza que se ha hecho imposible, á nuestro entender, la coexistencia de tales elementos dentro del mismo gabinete.

En menor escala, en la política de esta localidad, en la ocasión presente, como en muchísimas anteriores, las elecciones son causa de que se hayan despertado en vanecimientos y soberbias que han producido sus rivalidades. Era forzoso que así sucediera. Por esta circunstancia no pueden salir más que tres diputados á Cortes y las actas electorales se ven favorecidas por numerosos pretendientes.

La voluntad soberana del pueblo, manifestada con toda la elocuencia de Demóstenes y la fé por la idea de Bruto, no es bastante á convencer de su fracaso al que resulta calabaceado en su pretensión de noviazgo con el acta. Así resulta que el que tiene en las elecciones una exigua minoría, capaz de desengañar al más apasionado, no se persuade de la realidad de los hechos y vé un pucherazo en cada acta parcial y hasta en el mismo evangelio del día: de igual manera que el enamorado encerrizado no se desengaña jamás por muchos y marcados desaires que reciba de su amada.

El acta es una *Dulcinea* que tiene muchos *quijotes* adoradores, y algunos que resultan *Sanchos*.

Política ó religión?

LA VERDAD

Con el modesto título «La Verdad» y el beatífico lema «diario católico», ha comenzado á publicarse en Murcia un nuevo periódico que ¡quiera Dios no desmienta una cosa y otra de las que alardea en llamativos rótulos!

No hemos sido de los que se han tragado el anzuelo católico de «La Verdad», pues conocíamos sobradamente la significación política de los principales accionistas de la publicación referida, y algunas de las plumas encargadas de llenarla, que bien público es, se consagraron *alternativamente* á defender la causa carlista y la conservadora-local.

A pesar de tan poderosas razones para desconfiar de la verdad de «La Verdad» cuando decía que no era periódico político, nos abstuvimos de exteriorizar nuestros recelos, pero como ya va asomando la oreja en la política, si bien en forma poco seria y menos franca, nos creemos en el derecho de señalar á tan apreciable colega la contradicción en que incurre, aconsejándole, al propio tiempo, que descaradamente se llame carlista, si la causa de don Carlos trata de defender, que se titule conservador si los conservadores le dan inspiraciones, ó que se proclame simplemente *púlpito* desde el cual con el panegírico del santo fulano ó mengano, se mezcle el desahogo de la pluma mercenaria ó la represalia del soberbio desengañado.

Todo ésto ó lo que más le plazca puede hacer «La Verdad»: todo menos sorprender la buena fé de los creyentes católicos, diciéndoles que predicará las ideas de Cristo, todo amor y humildad y predicando, por el contrario, los rugidos llenos de cólera y odio mal reprimidos de quien por inspiración propia ó agena satisface sentimientos de venganza innoble. Porque ésto... ¡créanos «La Verdad»!, no se puede hacer bajo el *patrocinio* de la Virgen de la Puensanta y San José.

Y no es cristiano ponerse á la Virgen ó al padre de Jesucristo por careta para dar bromas insidiosas, cuando menos...

CRÓNICA

Es preciso ponerse, —siquiera sea hipotéticamente, que de otra manera librenos Dios,— en el caso del padre para hacerse algún cargo de las impresiones que su ánimo habrá experimentado en el decurso del tiempo.

Es un caso anómalo, excepcional particularísimo, de que todos los periódicos madrileños han dado detenida cuenta.

El buen señor casóse y durante once años transeurrió para él placidamente la tranquila vida matrimonial, en un sosegado pueblo de la Mancha, en campo de Criptana; pero al fin de ese largo periodo, cuando es de presumir que la reflexión madure y aun en los cerebros más alocados, la razón se imponga y reine, cuando la maternidad de su esposa parece que debió aumentar encantos á la existencia del matrimonio, cariño hacía el hombre con quien compartió la vida, la felicidad de una unión aurolada con los albores de una nueva luz de amor, encarnada en una hija...; la mujer, la esposa, la madre, desaparece un día del hogar, ¡á los once años de animarlo con su presencia!, llevándose en la fuga á la chiquilla, con un egoísmo maternal comprensible, pero también con una impiedad execrable para el marido.

Y este, desolado, afligido con pesar y tristeza, busca y rebusca, indaga, investiga, el paradero de los seres que constituirán paralelo y continuidad de su ser; pero en vano, inutilmente. Hasta que, vencido, se resigna con el ru-

do golpe de su suerte, con el brusco bofetón que el destino le tenía depurado.

Y ahora, después de cinco años de forzosa soledad, no sabemos como ni porque, de su residencia en el campo de Criptana marcha á Madrid, donde están su mujer y su hija.

Su hija sobre todo, antes que todo... Y la encuentra en un convento, donde fué dejada por su madre, donde ha vivido vida claustral, donde se llama Sor María....

Al fin la ha encontrado y la reclama, la quiere para sí, la exige. Exige que vuelva á la casa paterna, cinco años solitaria y triste, para que la alegre con la vivacidad de la juventud y los encantos de la belleza.

¡Que varias impresiones habrá recibido ese padre en el decurso del tiempo...!

Pero feliz aquel á quien la suerte después de un gran dolor le proporciona una alegría grande, que otros ¡pobres mártires! —no cesan de sufrir toda la vida...

Joaquín Herraiz.

Un cuento diario

AL BUEN CALLAR...

No tenían más hijo que aquél los duques de Toledo, pero era un niño como unas flores; sano, apuesto, intrépido, y en la edad tierna, de condición tan angelical y noble, que le amaban sus servidores punto menos que sus padres. Traíale su madre vestido de terciopelo que guarnecían encajes de Holanda, luciendo guantes de olorosa gamuza y brincos y joyeles de pedrería en el cintillo del birrete; y al mirarle pasar por la calle, bizarro y galán cual un caballero en miniatura, las mujeres le echaban besos con la punta de los dedos, las vejezuelas reían guiñando el ojo para significar «¡Quién te verá á los veintel!», y los graves beneficiados y los frairiles austeros, sacando la cabeza de la capucha y las manos de las mangas, le enviaban al paso una bendición.

Sin embargo, el duque de Toledo, aunque muy orgulloso de su vástago, observaba con inquietud creciente una mala cualidad que tenía, y que según avanzaba en edad el niño D. Sancho iba en aumento. Consistía el defecto en una manía tenacísima de cantar la verdad á troche y moche, viniese á cuento ó no viniese, en cualquier asunto y delante de cualquier persona. Cortesano viejo ya el duque de Toledo, ducho en saber que en la corte todo es disfraz, advertía con terror que su hijo, por más alentado, generoso, listo y agudo que se mostrase, jamás obtendría el alto puesto que le era debido en el mundo, si no corrigía tan funesta propensión. «Reñida está la discreción con la verdad: como que la verdad es á menudo la indiscreción misma», advertía á su hijo el duque. «Por lo boca solemos morir como los simples peces, y no es muerte propia de hombre avisado, sino de animal bruto, frío y torpe», solía añadir. Corriase y afligía el rapaz de tales reprensiones y advertencias, y persuadido de que erraba al ser tan sincero, proponía, en su corazón enmendarse; pero su natural no lo consentía: una fuerza extraña le traía la verdad á los labios, no dándole punto de reposo hasta que la soltaba por fin, con gran aflicción del duque, que se mataba en repetir, «Hijo Sancho, mira lo que haces... La verdad es un veneno de los más activos; pero en vez de tomarse por la boca, sale de ella. Esparcido en el aire, es cuando mata. Si tan atractiva te parece la fatal verdad, guárdala en tí y para tí; no la repartas con nadie, y á nadie envenenarás.»

Acacéció, pues, que frisando en los trece años y siendo cada vez más lindo, dispuesto y gentil el hijo de los duques de Toledo, un día que la reina salió á oír misa de parida á la catedral, hubo de verle al paso, y prendada de su apostura y de la buena gracia con que la hizo una reverencia profundísima, quiso informarse de quién era, y apenas lo supo, llamó al duque y con grandes instancias le pidió á D. Sancho para paje de su real persona. Más aterrado que lisonjeado, participó el duque á su hijo el honor que le dispensaba la reina. «Aquí de mis recelos, aquí del peligro, Sancho... Tu nuestro achaque de veracidad ahora es cuando va á perderse y perdersen. Si la reserva y el arte de bien callar son siempre provechosos, en la cámara de los reyes son indispensables, te lo juro.» An-

tes pienso, padre—replicó el precoz don Sancho—, que al lado de los reyes, por ser ellos figura é imagen de Dios, alentará la verdad misma. No cabrá en ellos mentira ni acción que deba ser oculta ó reservada. Confuso y perplejo dejó la respuesta al duque, pues le escarabajaban en la memoria ciertas murmuraciones cortesanías referentes á liviandades y amorios regios; pero tomando aliento, «No, hijo—exclamó por fin,—no es así como tú supones... Cuando seas mayor y tu razón madure, entenderás estos enigmas. Por ahora sólo te diré que si vas á la corte resuelto á decir verdades, mejor será que tomes ya mi cabeza y se la entregues al duque.» Cabizbajo y melancólico se quedó algún tiempo D. Sancho hasta que, como el que promete, extendió la mano con extraña gravedad, impropia de su juventud. «Yo sé el remedio—afirmó.—Mentir me es imposible, pero no así guardar silencio. Haced vos, padre, correr la voz de que un accidente me ha privado del habla, y yo os prometo, por hacerlos favor ser mudo hasta el último día de mi vida si es preciso.»

Pareció bien el arbitrio al duque, y divulgó lo de la mudez; siendo lo notable del caso que la reina, sabedora de que el bello rapaz era mudo, mostró alegría suma y mayor empeño en tenerle á su servicio y órdenes. En efecto desde aquel día asistió D. Sancho como paje en la cámara de la reina, sellados los labios por el candado de la voluntad, viendo y oyendo todo cuanto ocurría, pero sin medios de propararlo. Pero á poco la reina iba cobrándole extremado cariño. Sancho se pasaba las horas muertas echado en cojines de terciopelo al pié del sillón de su ama y recostando la cabeza en sus faldas, mientras ella con la fina mano cargada de sortijas le acariciaba maternalmente los oscuros y sedosos bucles.—Las primeras veces que D. Sancho fué encargado de abrir la puerta secreta á cierto magnate, y le vio penetrar furtivamente y á deshora en el camarín, y á la reina echarle al cuello los brazos, el paje se dolió, se indignó, y á poder soltar la lengua, Dios sabe la tragedia que en el palacio se arma. Por fortuna Sancho era mudo; oía, eso sí, y las pláticas de los dos enamorados le pusieron al corriente de cosas harto graves, de secretos de Estado y familia, entre otros, de que el rey, á su vez, salía todas las noches con maravilloso recato á visitar á cierta judía muy hermosa, por quien olvidaba sus obligaciones de esposo y de monarca, y merced á cuyo influjo protegía desmedidamente á los hebreos, con perjuicio de sus reinos y mengua de sus tesoros. Envuelta en el misterio esta intriga, no la sabían más que el magnate y la reina; y D. Sancho, trasladando su indignación del delito de la mujer al del marido, celebró nuevamente no haber tenido voz, porque así no se veía en riesgo de revelar verdad tan infame. Pasado algún tiempo, la confianza con que se hablaba delante del mudo paje cilló insensiblemente de varias maldades gordas que se tramaban en la corte: supo cómo el privado, disimuladamente, hacía mangas y capirotes de la hacienda pública, y cómo el tío del rey conspiraba para destronarle, con otras infinitas tonantadas y bellaqueerías que á cada momento hacían fluctuar de aquí allá la cólera y la virtuosa impaciencia de D. Sancho, poniendo á prueba su constancia, en el mutismo absoluto á que se había comprometido.

Sucedía entretanto que le amaban todos mucho, porque aquel lindo paje silencioso, tan hidalgo y tan obediente, jamás había causado daño alguno á nadie. No hay para qué decir si le favorecieron las damas, viéndole tan gentil y estando ciertas de su discreción; y desde el rey hasta el último criado, todos le deseaban bienes. Tanto aumentó su crédito y favor, que al cumplir los veinte años y tener que dejar su oficio de paje por el noble empleo de las armas, colmáronle de mercedes á porfía el rey, la reina, el privado y el infante acrecentando los honores y preeminencias de su casa y haciéndole donación de alcáldías, fortalezas, villas y castillos. Y cuando, húmedas las mejillas del bello, empapado de lágrimas con que le despidió la reina, que le quería como á otro hijo, oprimido el cuello con el peso de la cadena de oro que acababa de ceñirle el rey, salió D. Sancho del alcázar y cabalgó en el fogoso andaluz de que el infante le había hecho presente; al ver cuántos males había evitado y cuántas prosperidades había traído su extraña determinación, tentóse la lengua con los dientes, y, meditando, dijo para sí (pues para los demás estaba bien determinado á no decir oste ni moste): «A la primer palabra que sueltas al aire, lengua mía, con estos dientes ó con mi puñal te corto y te echo á los canes.»

Hay eruditos que sostienen la opinión

de que de esta historia procede la frase vulgar, sin otra explicación plausible: *Al buen callar llaman Sancho*.

Emilia Parde Bazán.

LAS FIESTAS DE ABRIL

Ayer no se reunió la comisión recaudadora de las fiestas de Abril, por tener el señor Alcalde ocupaciones ineludibles relacionadas con su cargo. Hoy reanudará sus trabajos.

Dijimos ayer algo de un festejo que propone la sociedad «Liga de Dependientes».

Este consistirá en una función teatral representada por aficionados pertenecientes al comercio de esta capital.

Se quiere que esta función se dé el sábado de gloria, por la noche en el teatro Romea.

Para esto sería preciso que la junta directiva de los festejos diera su conformidad, y así se piensa pedir á la misma.

Las obras que se pondrían en escena, dado caso que se realizará la función, no está acordado definitivamente; si bien se puede asegurar que serían del género dramático, y que en ellas tomaría parte una joven y bella artista murciana que debutó hace pocas semanas en nuestro teatro Romea.

De desear es que la junta directiva de los festejos de Abril, dé su conformidad á este número del programa que prepara la «Liga de Dependientes».

El arreglo de la Trapería continúa marchando á toda prisa á su fin.

Es seguro, dado caso que el Alcalde que sustituya á don Teodoro Danio se halle animado de los mismos plausibles deseos que éste, que para las fiestas la Trapería será un paseo precioso.

Uno de los días de esta semana se reunirá la junta de los festejos para seguir tratando de la mejor y más pronta organización de éstos.

Conviene que no se descuiden los trabajos, porque el tiempo apremia, y no se nos deben enfriar las migas de las manos á la boca.

LA CORONA DE LIRIOS

A su rubia corona de cabellos, la joven que los campos recorria, blanca corona entretejer solía de frescas rosas y de lirios bellos.

Cual ellos casta, y juvenil cual ellos, mirándose en las fuentes se reía, y diosa de la gracia parecía del tibio sol de Mayo á los destellos.

Hoy que torno á estos campos floridos, interrogo á los lagos y á las fuentes por los ojos que vieron retratados.

Y aquellos lirios, sé con amargura, que de la virgen en la fuente pura besó la muerte ¡y los volvió morados!

SALVADOR RUEDA.

Cuadro de Goya

¡Todo se lo llevan!

Dico un periódico: «Un admirable cuadro de Goya, el retrato del canónigo Llorente, autor de la famosa Memoria sobre «La historia de la Inquisición», ha sido adquirido en 50.000 pesetas por un extranjero.

Ese retrato es, quizás, uno de los mejores que pintó Goya. Lo triste es que ese cuadro pudo adquirirlo el gobierno para el Museo en 5.000 pesetas.

En España los capitales se reservan para dedicarlos á la usura, pero no saben emplearse en adquirir obras de arte, siquiera de autores nacionales.

Aquí no sentimos amor ni siquiera á la patria; no nos envanecemos de lo que debiera ser orgullo nacional.

No es la primera obra de arte, de

